

DEMENCIA Y RAZÓN EN LAS RELACIONES AMOROSAS

Agustín García Calvo

*Charla en el Instituto Cisneros de Madrid
1-04-1987*

... de manera que cuento con una abundantísima experiencia por parte de todos vosotros, que vais a poner a contribución para la discusión sobre el tema, un poco –sí– por orden y según las líneas que os vaya proporcionando, pero desde el principio.

Esto se llama, como habéis visto, demencia y razón en las relaciones amorosas. Lo primero hay que aceptar, si os parece, de momento esta propuesta metódica que ahora os vengo a recordar. A propósito de esto del amor –también a propósito de otras muchas cosas, pero a propósito de esto muy en especial– será preciso no sólo distinguir sino distinguir con una neta contraposición entre la idea de la cosa, la idea que uno se hace, la idea que domina (por ejemplo la idea de amor con las ideas concomitantes de relación amorosa, pareja, demás), la idea y aquello otro que puede haber, podía haber, podía haber habido por debajo de la idea. Es muy importante la distinción porque de ordinario no se hace: a lo que estáis acostumbrados, lo que todos padecemos, es que continuamente se nos venda lo uno por lo otro; es decir, que se nos haga pasar la idea, de amor por ejemplo, como un sustituto aceptable, y, por otra parte, manejable y seguro de aquello otro que habría por debajo, tal vez más inasible y más peligroso, y que por tanto está muy bien –piensan ellos– domesticado cuando se le sustituye por la idea. He desarrollado en algunos sitios el proceso por el cual el amor se convierte en idea y la idea de amor viene a sustituir al amor. Me voy a dedicar a algunas de las propuestas más elementales.

Se pretende que amor aluda a una cosa que uno no sabe bien lo que es, que le domina, que le arrastra, que es como el niño ciego, que es como el fuego, que es como todas estas cosas que se dicen –un poco en vano–, y por otra parte, en neta contradicción con ello, se le obliga a uno a saber lo que es. Por ejemplo, apenas está uno sintiéndose con esa especial intranquilidad o serenidad en el contacto o en el recuerdo con alguna otra persona sin saber muy bien lo que siente pero sintiendo que tal vez podría ser algo un poco del otro mundo, algo paradisiaco, algo nunca visto, algo capaz de arrastrarle.... ([[tumulto]]) apenas empieza uno a sentirse entrando en esa situación, cuando inmediatamente de todas partes, desde fuera y desde dentro –sobre esto volveré– desde fue-

ra y desde dentro, se le obliga por el contrario a saber qué es lo que le pasa, se consigue que en un momento dado se diga “esto es amor” o “estoy enamorado de fulana”. La formulación verbal no es inocente: ahí ya empieza todo el [trueque]: en cuanto se sabe, todo aquello que se pretendía, todo aquello de paradisiaco, amenaza de vida, promesa de otro mundo, todo aquello empieza a quedar encerrado en una especie de cárcel, que es precisamente ese saber. La cosa culmina en el acto fundacional de la institución principal en las relaciones amorosas, que es eso a lo que se alude como Pareja. El acto fundacional es, como sabéis, la declaración de amor. La declaración de amor tiene una condición tan claramente sacramental, que, apenas os mencione dos o tres rasgos, lo reconoceréis conmigo. La declaración de amor tiene una forma absolutamente fija e inmutable. En español no tiene otra forma más que “te quiero”; no se puede ni cambiar una palabra por otra, ni añadir más palabras, ni intercalar nada, ni intentar cambiar el orden, ni ninguna cosa: la fórmula es perfectamente fija: no hay quien la cambie. Ahora vamos a tratar de entender por qué lo es. Evidentemente esta fórmula en otras lenguas tiene otras formas, pero todas las lenguas europeas modernas y las que se van incorporando a nuestro modo de cultura tienen un equivalente exacto, un equivalente exacto que vale como una verdadera traducción, cosa que en otros ámbitos no se puede decir (la correspondencia entre lengua y lengua es muy fluctuante), pero en las fórmulas sacramentales no: en el ámbito de cada lengua hay una que corresponde exactamente y que cumple las mismas funciones. Fijáos que esto es lo que les pasa precisamente a las fórmulas que he llamado sacramentales en general, las que se usan en la religión y las que se usan en las declaraciones de la justicia, en las declaraciones solemnes de la justicia: en todas ellas encontraréis fórmulas que tienen la misma condición, que no valen si se las alteran en una “a”, tienen que ser tales y cuales. Que esto es así en la declaración de amor lo comprobáis. ¿Cómo se produce este fenómeno de la declaración de amor?: pues aproximadamente de la siguiente manera: como nuestra sociedad es patriarcal, y es por tanto el sexo masculino el que domina, se supone que la iniciativa, en justa compensación, le corresponde precisamente al hombre o al muchacho; ello está compensado, como sabéis, por las artes del sexo dominado para conseguir que la situación se vuelva adecuada para que la tal declaración se produzca, si es que se siente conveniente que se produzca; lo cual no quita para que la repartición entre los dos sexos sea [...]: no puede cambiarse eso. Bueno, se llega a una situación en que el muchacho va acompañando a la muchacha hasta cerca de las verjas de su casa y... ([[alboroto]]) Hay una notable diferencia, que anotaré entre paréntesis, entre él y ella: el muchacho desde luego típicamente no sabe bien lo que le pasa (me estoy poniendo en una situación de lo más pura, de lo más puro y [ingenuo posible]), no sabe bien lo que le pasa, sabe que no se encuentra a gusto, que le gustaría no perder la oportunidad de seguir saliendo con ella, le encuentra tales gracias, tal... Más que eso no sabe: no sabe muy bien lo que ... Se llega a la situación [para que lo haga] despedir, y entonces por la otra parte, donde da la impresión de que se sabe un poco mejor, por la parte de ella (de alguna manera da la parece que se sabe algo mejor por lo menos, o se cree saber algo

mejor de qué se trata, qué es lo que se está jugando ahí), pues se vienen a crear las condiciones adecuadas, por ejemplo un silencio que se está prolongando, ([[jaleo]]) [... tácticas...] y entonces el muchacho, que sabe por los camaradas o por la literatura y por el cine, que en situaciones parecidas hay que decir “te quiero”, pues procede en consecuencia: en un momento dado dice “Te quiero”. Él sigue sin saber más que antes; dice aquello porque sabe que hay que decirlo, sale fácil, no por ello se vuelve más sabio respecto a la cuestión, pero en fin, lo dice –la situación lo manda–, la otra lo recibe y contesta de la manera adecuada, dando la impresión de que efectivamente es como si estuviera más al tanto (lo cual es... hay una diferencia por lo menos gradual). Yo no creo que se pueda decir –ya lo veréis en la discusión– que tampoco ella sepa gran cosa ni siquiera aproximadamente de qué se trata, pero desde luego se cree que sí: la fe en que sí se sabe suele ser en las mujeres, incluso niñas, mucho más firme y asentada que en el otro sexo: hay una creencia de que sabe. Entonces se produce la fórmula, y esto crea la pareja; es decir, que se demuestra que la fórmula es institucional, sacramental o institucional. Es precisamente sacramental, fija, invariable ni en un ápice porque es institucional, porque efectivamente eso va a dar lugar a la creación de un futuro, es decir, de un tiempo vacío en el que tú y yo vamos a formar esta estructura que se llama una pareja. Por eso la fórmula no se puede cambiar. Fijáos que si en el mismo trance en que os he puesto, a él, en lugar de decir “te quiero”, se le ocurriera decir “Te quiero mucho, chiquilla”, pues nada: aquello, aquello no vale, aquello no funda nada, y la fórmula en cuanto deja de... y la otra... quiere decir que “me quiere mucho o que le gusta mucho... no vale: eso no vale. Si se le ocurre decir... cualquier otra cosa, “cómo te quiero!”, “¡cuánto te quiero!” “te quiero tanto...” (puntos suspensivos), nada que ver. Si se le ocurre siquiera cambiar el verbo ‘quiero’ en español por su sinónimo un poco cursi y literario, pero que se oye en las películas, “amo”, y dice “Te amo”, pues en la situación actual probablemente la otra se quedará de todos modos un poco intranquila por lo menos, no acabará de estar segura de que se ha dicho lo que se debía decir: es decir, “esto de “te amo” ¿quiere verdaderamente decir “te quiero”, vale por la pronunciación de la fórmula verdadera, o es que me están dando el cambiazo?” La validez queda por lo menos en entredicho. Bueno, –para qué más demostraciones– la fórmula es perfectamente inmutable, y ya veis que lo es precisamente para que produzca efecto; igual que en los sacramentos (por ejemplo en la Eucaristía: una de las condiciones para que el pan se transforme en la carne de Cristo es que las fórmulas acompañantes sean exactas, no pueden cambiarse en nada), así la conversión en Pareja de estas dos mónadas de la gente que andaban hasta entonces perdidas por ahí, pues requiere igualmente que la fórmula tenga ese carácter [...]

Bueno, todo lo demás que viene después, que ya conocéis de lo que [...] matrimonio, los hijos, los divorcios, (((bulla))) todo eso es, se dé o no se dé, a mi propósito relativamente secundario; eso ya viene como por [...], no tiene mayor importancia. Lo que

me importa es el acto mismo de construcción de esa estructura; eso es en lo que os quiero hacer parar mientes.

Bueno, pues ahí tenéis: en ese momento es cuando se está produciendo el cambio de que os hablaba entre los posibles sentimientos, indefinidos, no sabidos, arrebatadores tal vez, irracionales se puede decir, subterráneos, que vienen de abajo, por emplear la metáfora, el cambio de eso por algo que ya se sabe, que está: un amor declarado es un amor que ya se sabe; es un amor que ya sabe lo que es, y que en consecuencia nos liga en una institución típica. Tal es la fuerza de las ideas, mejor dicho, del cambio de los sentimientos por ideas. De manera que es el ejemplo por excelencia de cómo (por volver a la fórmula que antes empleaba) continuamente se nos vende lo uno por lo otro. Se sigue pretendiendo, pero de una manera ya evidentemente (ahora se nos aparece) literaria y falsificadora que el amor sigue siendo todo aquello de ciego, arrebatador, apasionado, incontrolado; se sigue pretendiendo, pero ya es mentira; ya es mentira, porque ya no tenemos propiamente amor, sino tenemos una idea de amor, saber de amor; y cuando digo que es lo que se os vende, querría haceros costar que esto lo digo de una manera muy literal: la prueba de que algo de lo que podía haber por debajo se ha convertido en idea de sí mismo es que se ha convertido en dinero, porque el dinero es por excelencia la idea de cualquier cosa; de manera que el proceso por el cual todas las cosas se convierten en dinero (proceso que os costa: vuestras vidas están enteramente vendidas, como la mía, por esta conversión: continuamente se os están cambiando posibles cosas palpables por su equivalente en dinero, dinero en el cual todas las cosas se reducen a la misma: al estar todas representadas por dinero, ellas a su vez poco a poco acaban por convertirse en no otra cosa que formas de dinero (una casa, una joya, cualquier otra cosa, ya no es más que una forma de dinero en una forma avanzada del Capital). La conversión en dinero pues es la prueba palpable de ese trueque de lo que podría haber de palpable, inasible, desconocido, arrebatador por debajo en una idea de sí mismo. Por tanto no exagero al decir que en ese trance el posible amor se ha convertido en dinero al convertirse en idea: está presto a venderse y a comprarse; y la prueba está bien a la mano. A nadie se le oculta que ese trato por el cual una pareja se forma es un trato que al mismo tiempo que sacramental y religioso es también comercial. Efectivamente ahí los valores 'belleza', 'atractivo', todo lo demás, han encontrado de alguna manera su valoración y se han traducido en la consecución de una declaración desde el ente masculino y la aceptación de esa declaración desde el ente femenino. Todos los valores han encontrado su valoración: ahora lo son de verdad.

Nada estraña que todo lo que viene a continuación, como por ejemplo el trato mismo de un noviazgo o –no digamos– un matrimonio, es el trato meramente comercial, siempre: es un carácter que nada se lo puede quitar; es tan comercial, es una forma de relación tan comercial, que su contrapunto, que siempre ha habido desde el comienzo

de la Historia, junto al matrimonio la prostitución, no es más que la otra cara de lo mismo: las dos cosas se contraponen y complementan, fundan toda nuestra sociedad gracias a que son formas contrapuestas y complementarias de lo mismo: en la Prostitución la cosa es más declarada –ya se sabe–: ahí en lugar de la declaración de amor hay un “¿Cuánto?” directamente; es decir, que la fórmula es menos sacramental y más netamente comercial, pero la transformación del posible gozo inesperado, no sabido, lo arrebatado, apasionado, en dinero se da de la manera más neta. Y en el otro polo, en el de Pareja, Matrimonio y demás, evidentemente se da la misma cosa, con ciertas formas disimuladas, pero desde el momento en que el amor se sabe, o sea, está cambiado por una idea de sí mismo, al mismo tiempo está convirtiéndose en una forma de dinero, que esto no hay quien lo pare. Bueno pues esto...

Ahora me voy a parar un rato; me voy a parar un rato para que empecéis a decirme lo que no se entiende bien o las ocurrencias que os vengan de vuestras experiencias más o menos afortunadas o desgraciadas; pero antes de pasar a ver cómo se relaciona esto con la cuestión de demencia, de demencia y razón, la irracionalidad declarada por la sociedad normal, la racionalidad o razón, antes de eso quiero que efectivamente estos presupuestos tan simples, tan fundamentales, queden lo bastante claros y a eso me vais a ayudar enseguida (si te parece, te encargas tú de ver las manos que haya por ahí que soliciten voz), de manera que a ello, sin esperar a más.

–Bueno, aquí. Cuando usted se refiere a que el amor se transforma en una relación comercial ¿a qué se refiere?: ¿por ejemplo a que en el matrimonio, cuando dos personas se casan, ya están unidas completamente o a qué se refiere?

–Bueno, pero eso ya está... eso ya es una consecuencia muy tardía. Yo lo he puesto mucho antes. Esa transformación la he puesto desde el momento en que el amor, en lugar de ser algo desconocido y arrebatador, es algo dominado, sabido. Lo que pasa en el Matrimonio, por ejemplo, (el matrimonio, como sabe muy bien el comercio, es una unidad económica en el sentido más elemental) eso es como una consecuencia, una consecuencia tardía; pero esta transformación la pongo desde el arranque. Lo que os sugiero es que la conversión misma en idea, en saber, es ya una conversión en el sentido del comercio. Sí, me explico muy bien que esto sea demasiado rápido y no acabe de entenderse. Vamos a ver si me esfuerzo en hacerlo inteligible. Bueno, os encontráis por ejemplo (por casualidad, más bien por descuido: esas cosas suceden por descuido del sistema), uno a lo mejor se encuentra no se sabe cómo en medio de un campo y hay rosas de espino, rosas silvestres por allá, y se acerca y dice “a ver cómo...” y las huele y se tumba entre ellas y [.....:] hoy día no sucede casi nunca porque para eso está la televisión, los deportes, la moto, la discoteca... para que nunca os pase ninguna cosa que no esté controlada; pero a pesar de todo, en algún descuido, pueden suceder cosas como éstas –¿no?–, pueden suceder. Ahí evidentemente el olor de las rosas salvajes es al-

go que de momento carece de toda valoración; en ese momento es tanto más bueno, es tanto más objeto de un puro disfrute sensual, que no se pregunta ni siquiera el nombre de la flor, ni qué es lo que me está pasando; tanto más bueno en ese sentido cuanto menos sabido y menos reducido a dinero. Bueno, pues si os acercáis a una floristería veréis que el manejo mismo de las rosas, el manejo mismo de las rosas implica su conocimiento, incluso su conocimiento para la elaboración técnica de variedades [...] y todo eso; el conocimiento, eso, ha venido a dar en entidades comerciales: un manojo de rosas puede servir para un regalo, y un regalo es una actividad comercial. Nadie se engañe pensando que caben en nuestro mundo regalos que no sean una actividad comercial. Si esto fuera así, lo que sucedería normalmente entre vosotros es que alguien, al levantarse de entre aquellos espinos de rosas salvajes, acordándose de repente de alguna muchacha o muchacho a quien quisiera bien, por el que sintiera algo, pues decidiera llevarle aquello y dárselo. Esto no sucede casi nunca; sucede las menos de las veces. Un regalo ¿qué es?: un regalo es cada vez más algo que pasa por el comercio necesariamente; e incluso la aberración llega a tanto que a lo mejor hay alguna a quien, si le llevas aquellas rosas medio marchitas que has encontrado por allá, pues dice “bueno”, pero que se ha cumplido de verdad sólo se sabe cuando le llevas el ramo adecuado con la etiqueta de la floristería y demás. No sé si te va o os va a ilustrar la comparación. Ya veis que esto se refiere a un olor de flores, que puede presentarse bajo dos formas, la inmediata y no sabida, que implica una especie de exención del comercio, y la sabida y manejada, que implica sumisión al comercio. Esto es lo que digo del amor; esto es lo mismo que digo del amor. Un amor no sabido, un enamoramiento que no se ha declarado no se puede manejar, ni comprar, ni vender, ni valorar. Ésa es la gracia que tiene. Un amor declarado se maneja: ya se ha manejado desde el momento de su creación; se maneja, se le valora, se le compara (la valoración es comparativa), se le considera como algo que se adquiere o se pierde; si se pierde, no es la mera pena de dejar de sentir, es que has perdido un bien adquirido. Una rotura de un amor declarado ya tiene un carácter netamente de pérdida comercial, es una ruina, como la del banquero; no es la mera pérdida de algo vago y no definido que se sentía; es una verdadera pérdida de algo sabido, que contaba en la economía de la persona, que al perderlo queda descabala-da esta economía, y con ella la persona.

Quiero que habléis más, porque habrá cuestiones que a mí no se me ocurre por dónde están oscuras... Ahora volveremos sin embargo todavía sobre la relación que esto tiene con la noción [del tiempo]

–¿Ha admitido usted [...] que el matrimonio es una prostitución legalizada?

–No, hombre! Bueno, esas cosas las decían los revolucionarios del siglo pasado. Está bien, no está mal... Es un poco basta; es una manera un poco basta de decirlo. La verdad es que no sólo es basta, sino que es bastante inesacta. Es bastante inesacta porque en sí “el matrimonio es una prostitución legalizada” dice demasiado bien de la prosti-

tución. Esto la vuelve inesacta ¿eh? Ya comprendéis que quien dice eso es que está pensando que en la prostitución en cambio están los goces libres y no permitidos y con una cierta envidia dice “pues mira: el matrimonio es eso mismo, sólo que legalizado.” No, no vale esa fórmula. Lo que he dicho varias veces es que siempre, desde el comienzo de la Historia, las dos formas de comercialización han estado la una junto a la otra: se han complementado. Lo que sí [sabían] los viejos revolucionarios que os decía es que la institución del matrimonio –diríamos hoy día: de la pareja sin más– no se sostiene sin la otra institución, sin la institución de la prostitución; eso se sabe: la una es pilar para la otra. Ha habido siempre esta relación, y esto hasta en el pensamiento más elemental de estos revolucionarios a los que aludo estaba lo bastante claro. Te cambio un poco la fórmula, como ves, pero –vamos– simplemente en ese sentido.

–¿Entonces quiere decir que el amor en sí en la sociedad ahora está por debajo de la idea de lo que realmente es el amor?

–Sí: algo que fuera amor estaría por debajo de la idea de lo que es amor y de la sociedad [constituída].

–Pero sin embargo hay amores que se llaman amor de entrega: a un amor, por ejemplo, se le puede llamar amor de entrega. En ese amor no... yo creo que no podría existir un manejo... pero en fin...

–A ver: describe un poco la situación a la que te refieres! Amor de entrega.

–Por ejemplo, el matrimonio se basa en una entrega hacia... hacia la persona; pero ese matrimonio...

–¿Entrega de qué?

–Una entrega de sí.

–Una entrega de sí al otro.

–En ese matrimonio también puede haber la situación de que se va a un país de misiones y que dan la vida juntos por ello. Ahí no habría comercialización.

–¿En ninguno de los dos casos o en el segundo?

–Quizás en ninguno de los dos.

–Quizás en ninguno de los dos. Bueno, vamos de todas formas a analizarlos por separado. Si alguno tiene la curiosidad de haber leído las fórmulas del matrimonio usuales en la iglesia católica, pues encontrará en ellas efectivamente fórmulas bastante aleccionadoras. La entrega de uno mismo al otro en primer lugar vamos a suponer que fuera enteramente posible. Si fuera así, si fuera verdad eso –que evidentemente a todo el mundo le suena a entelequia–, pero si fuera literalmente verdad, no habría ejemplo más claro de trato comercial, como comprendéis; es decir, eso sería aquel hombre de los tiempos de la esclavitud que se vende a sí mismo (cosa que podía suceder, como recordáis, por ejemplo por motivos de deudas, por ruina, alguien podía convertirse en esclavo por su propia venta): ¿quién puede negar que si la venta de una caja de higos es una venta, la venta de uno mismo sigue siendo una venta?; es decir que si esa entrega de uno mismo fuera de verdad, pudiera darse de verdad, sería un ejemplo neto de trato comercial. Si encima resulta que la condición para que uno se dé a la otra es que la otra se le dé a uno, entonces la relación típica de intercambio o compraventa no puede aparecer más clara. Desde luego, ya veis que, si esto fuera verdad, sería del todo imbécil, porque si yo me entrego a tí y por tanto tú me tienes a mí, para que al mismo tiempo tú te entregues a mí y yo te tenga a tí, entonces resulta que volvemos al punto de origen y no hemos hecho nada: es como si nos hubiéramos cambiado de sitio. Si la cosa se pudiera hacer con esa totalidad, es como si nos hubiéramos cambiado de sitio: “mira: yo en mi pasión por tí me he hecho [tú], me he olvidado y perdido –como dicen los místicos–, me he perdido en tí y tú me has llenado”; subrepticamente se entiende “y viceversa”, claro: nos hemos cambiado el uno por el otro.

Segundo ejemplo: que el matrimonio sea una colaboración para una empresa de orden benemérito, como por ejemplo la de las misiones. ¿Es diferente que la empresa a que el matrimonio se dedique sea de orden benemérito que no que sea del orden corriente? El orden corriente es que el matrimonio, y ya también una pareja en gran medida, sobre todo en nuestros días en que el comercio necesita apoyarse ya y vender no sólo a matrimonios bien constituidos sino a parejas cualesquiera (venderles, quiero decir, moto para dos o piso para dos, cosas por el estilo), en cualquiera de esas situaciones lo normal es que efectivamente esa unión tenga un carácter de empresa. Empresa puede ser eso: pues para vivir juntos en un piso, para comprarnos juntos un televisor, para acumular mis ganancias con tus ganancias, para fundar una familia, [un niño]... Tú pones un ejemplo relativamente raro, es decir, no tan corriente, en que la pareja se santifica porque su empresa es netamente, como se dice, altruista y benemérita. Pregunto si a nuestro respecto la situación cambia, es decir: no pregunto si es mejor que una pareja se una para comprar un televisor o es peor que no que se una para irse de misiones a África; no pregunto eso (eso, cada uno queda libre de valorar una y otra actividad) sino pregunto si eso cambia algo respecto a la condición de la pareja como una unidad empresarial. Y a eso parece que hay que responder No. De todas maneras la pareja de misioneros pues sigue siendo una pareja que, como la de los compradores

de televisor, está efectivamente teniendo este carácter de participación en una actividad, en una empresa, literalmente, en un proyecto, a medias, con una colaboración. Todo eso pertenece netamente al mundo de la empresa, al mundo del comercio, dejando ya de lado lo que pensemos de la actividad misma [...], si la pareja es misionera, es revolucionaria, es simplemente burguesa o no es nada; dejando de lado eso.

-Una pregunta.

-Pregunta o lo que sea, ¿eh?, u ocurrencia.

-Quería preguntarle que... no sé si he entendido bien que el trueque del sentimiento de amor por la idea de amor vendría justificado por el lenguaje, sería la condición inicial, no sé si la causa ¿no?, pero sería la condición de alguna manera que provocaría ese cambio. ¿Cabe una [unión/opción...]?

-A ver. ¿Qué [...opción??]?

-No la tengo, no la tengo.

-Ah, ya, ya. No, pero creí que imaginabas más o menos cómo [podríamos salir...]

-No, que pienso: entonces ¿qué opción hay?

-Bueno, vamos a ver: el condicionamiento por el lenguaje, por supuesto: ideas sin lenguaje no hay. Pero conviene que veamos que el funcionamiento es por partida doble. Esto es importante. Es decir, el condicionamiento principal es por el hecho mismo de que en el vocabulario está la palabra 'amor' y las palabras con significado aspiran a tener un significado de verdad, es decir, una idea. De manera que aquí el lenguaje está operando desde la raíz. Gracias a eso se puede llegar a saber qué es, a saber qué es aquello que no se sabía. Y luego está otra forma que es la que he ejemplificado con la declaración amorosa; es decir, donde no se trata de ideas sino de una realización fija - he dicho sacramental- de una fórmula determinada, que ejerce inmediatamente [su juicio?] entre tú y yo -es por partida doble. Bueno, aclarado esto, lo de la opción u otra cosa que se pueda hacer pues vamos a dejarlo estar, por lo menos por ahora, y luego tal vez se volverá sobre ello. ¿Más?

-Yo es que creo que [...] es un poco materialista, un poco egoísta...

-¿Cuándo?

-[...] pensar que es un comercio, es una empresa con un fin; muy egoísta por parte de los [miembros?] que funcionan como.... Y luego pienso que...

–Yo lo que trato es de presentaros, en la medida de mis posibilidades, las cosas como son y como funcionan. Es decir, no me molesto en valorar. Ahora, no me parece mal que tú lo hagas ¿eh?

–[...]

–En la medida que uno piensa que por debajo podía haber algo que fuera de verdad bueno, es, efectivamente, horrible costatar esa sustitución: es horrible. Dejemos el egoísmo de [...]

–[Tiene que haber algo más;] porque si por ejemplo en una pareja faltara el medio económico [...]

–¿Cómo falta el medio económico? ¿De qué manera falta el medio económico?

–Pues a lo mejor si no hay dinero o algo así...

–¿Son pobres?

–No, que a lo mejor han tenido alguna...

–Bueno: son pobres ahora. [...] Nada: eso no salva de nada, porque si eso fuera verdad, si eso fuera verdad, sería verdad que en general, contra los errores del dominio del capital... contra los horrores del dominio del capital, el quedarse pobre o arruinarse era un remedio. No es verdad; no es verdad en general, porque en medio del dominio del capital, ése que digo que constantemente nos está vendiendo sustitutos de la vida en vez de vida, en medio del dominio del capital, la ruina, la pobreza, la renuncia no es ninguna manera de salirse fuera: el dinero sigue estando presente en su falta. Si me hablaras de una pareja que no sólo fueran pobres de solemnidad sino que además les importara un rábano y no se acordaran de su pobreza, estaríamos tal vez diciendo algo; pero esa pareja estaría desde luego fuera de este mundo, y por tanto no sería una pareja, porque la institución de la pareja es de este mundo. Desde luego estarían fuera, estarían netamente fuera. No: la pobreza, la ausencia es también una forma de tormento y de dominio igual que la posesión. Cuando lo que domina es la posesión, la falta de la posesión, las cifras rojas en la cuenta son tan poderosas y atormentadoras como las negras, da exactamente igual. Por ahí no hay liberación. Ahora, ¿que haya alguna otra cosa, decimos, lo que tal vez podría haber por debajo, esos sentimientos, ese enamoramiento antes de su declaración, antes de saberse lo que era? Puede que lo haya. Yo creo que a tí y a mí y –me atrevo a decir– a cualquiera, es precisamente el sentimiento de que podía haber de esas cosas lo que inmediatamente nos hace reconocer como inso-

portable, horrible, el hecho de su trasmutación en idea y en dinero, este cambio del que todo mi empeño esta tarde es hacerlos entrar un poco en conciencia, nada más, gracias a eso. ¿Qué más?

–Que yo pienso que para usted el amor es un momento, nada más.

–¿El de la declaración, o...?

–Claro. Todo lo demás...

–No, no, no. Ah! Eso, desde luego tenemos que hablar más de eso. He dicho que la declaración amorosa funda un futuro.

–Ya, pero ya no es amor [como ha dicho].

–Es un amor que así se llama. Es lo que de ordinario se llama amor, es lo que de ordinario se vende como amor.

–Pero ¿no lo es?

–¿Qué vamos a hacer?, ¿qué hacemos con la palabra ‘amor’? ¿Nos resignamos a que signifique lo que de hecho significa y entonces renunciemos a ella para referirnos a otra cosa? ¿O le guardamos alguna posibilidad de que todavía siga viviendo aquel vago, indefinido, arrebatador enamoramiento que había por debajo? No lo sé. Yo estoy muy indeciso respecto al uso de la palabra. A veces le da a uno vergüenza ya usar la palabra amor. Le da a uno vergüenza quiere decir en la medida en que la oye emplear de la manera que la oye, por el comercio, la empresa, la prensa, los organismos del Estado y todo: cuando el comercio habla del amor de esa manera, cuando encontramos el amor utilizado en un anuncio de grandes almacenes para la venta de sus productos de primavera, y allí está con todas sus letras la palabra ‘amor’, a fuerza que oiga uno cosas de éstas (y bueno, cuando la oímos en canciones estúpidas reconocidas por todo el [], en películas no menos estúpidas, la oímos emplear una y otra vez), a lo largo de muchas experiencias de éstas uno acaba por sentir vergüenza de seguir empleando la palabra ‘amor’ para hablar de otra cosa. Quizá la táctica mejor en la situación presente sería abandonar. Yo la he seguido usando ambiguamente: por un lado aludo al amor real que no es más que la idea de amor, por otro lado sigo aludiendo a algo que podía haber por debajo; pero tal vez no hago bien: tal vez la palabra está ya tan prostituida que lo mejor sería abandonarla.

–Y entonces lo que uno siente antes de que haya pareja [...]

–Se quedaría sin nombre. Si abandonamos la palabra amor...

–Es que... cuando inicias una relación, el primer instante, o sea, es el golpe ¿no?, que no se mira la rentabilidad en ese negocio ¿no? Entonces el hombre puede evolucionar hacia el futuro [y mide] la rentabilidad, que es otra cosa.

–Pero no antes.

–No, a futuro: que el hombre evolucione... ya no mire que me ha dado el punto por ésa, sino la rentabilidad, que ya mire “ésta tiene mucho y ésta no, y...”

–Es razonable lo que dices. Efectivamente el enamoramiento, antes de saber lo que es, desde luego no mira ninguna rentabilidad porque no mira a nada, [...] es ciego y nos arrebató y [...] En el momento de la declaración amorosa ya he dicho que especialmente por parte de la mitad masculina puede haber un gran despiste, un gran desconocimiento con respecto a lo que se está haciendo; pero lo importante es que, sean cuales sean las intenciones y conciencia individuales que jueguen en el momento, la declaración y la institución tienen virtud por sí mismas. O sea que eso que tú dices de que se evoluciona se dice más exactamente diciendo que quedas hecho, quedas automáticamente hecho, en tu voluntad y en todo lo demás por la propia institución. Entonces automáticamente ya juegas con aquello comercialmente, ya estimas aquello una posesión, ya te duele comercialmente si la pierdes: entras automáticamente en el juego, sean cuales sean las no digo buenas intenciones, sino la falta de intenciones con que habías entrado en aquello.

–Yo creo que... para mí hay dos tipos de ideas, las que son para establecer un punto común, para que dos personas se relacionen, y las que existen para dominar una cosa u otra, y entonces ¿cuál de esas dos ideas cree que es el amor?

–¿Se te ocurrían ejemplos de una y de otra, para que yo vea bien la diferencia que haces?

–La idea de la palabra mesa, por ejemplo, es una idea que se establece para poder establecer una comunicación; y la idea por ejemplo de descubrir un negocio es una idea que se crea para poder dominar algo.

–La idea ‘negocio’.

–No: el descubrir un negocio.

–No, dí, dí la idea, porque eso no es una idea.

–La idea de negocio.

–¿Junto a mesa...? Bueno, yo creo que algo de razón te lleva en esa distinción, sí. Por lo menos... nada más que para que nos entendamos, para que el lenguaje funcione en su virtud comunicativa; mientras que –vamos a decir... No voy a emplear la palabra negocio– ideas como ‘presupuesto’, ‘plan’, ‘deuda’, ‘capital activo’, el vocabulario de la banca típico pues en efecto no las podemos considerar así: tal como tú dices, hechas para dominar. Es lo que has dicho tú; has dicho dominar.

–Sí, sí.

–Bueno, aclarado [...], pienso que la de ‘amor’ no está ni mucho menos en el lado de las indiferentes o inocentes. Si llamar a una mesa “mesa” y entenderse hablando de mesas es relativamente inocente es porque a nadie se le ocurre creer que debajo de la idea de ‘mesa’ haya ninguna cosa ni paradisíaca ni arrebatadora ni nada por el estilo. Se supone que debajo de la idea de ‘mesa’ pues hay una mesa [...], que la mesa se consume en su idea. Pero claro, cuando la palabra es tal como palabras como ‘libertad’, como ‘amor’ y cosas de éstas, que, por un lado, parecen aludir a cosas de ese orden, que son mucho más que ideas y por otro lado son sin embargo ideas, éstas son desde luego las que pertenecen a la banca, éstas son las que en efecto no se pueden tomar como inocentes, porque no están meramente significando, sino que al significar están haciendo cambiar la cosa, están dando el cambiazco en el sentido que antes he dicho. De manera que está claro que la de ‘amor’ la coloco, preeminentemente además, entre éstas ¿no? Sí, algo más.

–Yo no sé si lo he entendido bien. Yo quería decir que [...], que el amor no es el amor del romanticismo, la idea que tenía... Pero yo creo que era el amor [...] No es una constitución económica, yo creo. En una época, por supuesto, lo sigue siendo en algunos [...] determinados; pero el amor, más que nada, es una parte instintiva, que es la que te atrae hacia una persona, y que te atrae pues con [...] sexuales [...], y otra parte que es intelectual, lo que ya se combina con el instinto para que haya amor; [...] saber que una persona se compagina contigo en una serie de cosas, y eso es lo que hace que tu te [...] hacia esa persona. El amor por el amor no existe, en el plan [...] que dices “ah, me he enamorado!” [...] pero yo creo que el amor es una combinación del instinto...

–Bueno, como ves, como ven todos, [...] bastante elocuente. Lo único que no entiendo es de dónde has sacado eso del amor romántico y eso, porque yo lo he sacado; no sé de dónde...

–No pero me da la impresión de que el amor ése [...]. No: el amor es algo que tiene una serie de cosas determinadas, muy determinadas...

–Ya. Pero de todas maneras... A ver, a ver: ésa es la parte que no he terminado de entender bien. ¿Dices que al sugerir yo que debajo de la idea de amor, de la declaración de amor y todas esas cosas, y de saber lo del amor, al decir yo que debajo de eso a lo mejor hay algo, estoy cayendo en el idealismo de tipo romántico? ¿o no lo [...] No parece ¿no?, porque los románticos eran los que por excelencia [...], que hacían lo contrario, es decir, que desarrollaban toda una teología del amor, que sabían muy bien lo que era y todo eso.

–Pero yo decía... el romanticismo... es algo que... es decir que eso...

–Pero eso no es romanticismo.

–[...]

–No, dices la actitud que se parece un poco a la que yo he mostrado a ratos, que digo a lo mejor debajo [...] no se sabe lo que es, a lo mejor hay un poco de amor de ése ciego y que arrebat y que uno no controla y todo lo demás

–[...] me refiero a lo que

–No, no, no. ¡Cómo lo voy a decir yo, si eso es lo que estoy diciendo, no que crea en ello, sino que... sugiriendo que a lo mejor hay algo de eso por debajo.

–¡Ah!: ¿estás diciendo que no podemos ...? ¡Ah!

–Claro. Si os digo que se os da el cambiazo y que en la medida en que sabéis qué es amor a lo mejor estáis perdiendo el sentimiento que de verdad podía haber por debajo, no es que yo esté declarando, al estilo de los trovadores románticos, y sabiendo qué es, ese amor sublime que [...]. En cierto sentido, todo lo contrario. Pero estoy desde luego salvando la posibilidad de que por debajo de aquello que sabéis, definido, [...], de lo que tenéis una idea, por debajo de eso a lo mejor hay de verdad algo palpable, sensible, arrebatador, no controlado por la voluntad individual, no dominado del todo por la conciencia, etcétera. Pienso que puede haber algo de eso, y desde luego eso no tiene nada que ver con los ideales románticos ni con eso.

No, no: las ilusiones que estoy tratando de quitaros son precisamente las otras, de las que tú, con tu elocuente definición bipartita del amor, pues veo que también participas. Son precisamente ésas otras. Lo que estoy declarando como ilusión, aunque al

mismo tiempo declarando que son las dominantes, puesto que son las que el comercio y el poder utilizan, son precisamente ilusiones que consisten en creer que se sabe y domina y maneja qué es esto. Digo por tanto que participas porque lo que tú, con esa hábil definición bipartita, por un lado te adhieres al instinto y piensas que nos queda algo de animales, que eso es lo que pasa en el amor; por otro lado hablas de una especie de comunidad muy intelectual; después nos dejas sin saber cómo te arreglarías para hacer a tu vez el casamiento entre lo uno y lo otro; pero bueno: por lo pronto, has [...] las dos cosas, y bien: pues con eso ves que, efectivamente, participas, de una manera más hábil que de ordinario, en esta creencia de que todo lo que hay es eso que sabemos. Es por tanto importante, primero, decir que, respecto a nuestro animal, lo más que nos cabe es un ¡ojalá!, ¡ojalá quede algo!; pero pensar descaradamente que nosotros tenemos instintos como los animales y cosas por el estilo, y que efectivamente nos movemos el uno hacia el otro, de distinto u ocasionalmente del mismo sexo, como suponemos que se mueven los animales, es verdaderamente una ingenuidad [vana]: no sucede. En cualquier movimiento de un muchacho hacia una muchacha o viceversa o cosas por el estilo, lo que menos juega es algo que se pudiera llamar instinto. La sociedad es de tal manera imperante, que los tejemanajes de tipo ideológico que recubren el posible atractivo originario son de tal manera dominantes, que borrarlos y decir “bueno, es simplemente que me gusta” o “hay atracción” es una falsedad. El borrar todo lo que falsifica ese posible sentimiento, borrarlo y creer que de verdad sigue habiéndolo es []. Eso en cuanto a tu primera parte: no se puede, nadie hay que se mueva como por los aires en virtud de un verdadero impulso amoroso; eso sería aquello precisamente a lo que aludía que podía haber debajo; eso sería efectivamente algo de lo paradisiaco, animal, palpable; pero ¿cómo puede haber nada de eso si yo, cuando padezco esa atracción, lo que menos se me ocurre hacer es perder el control de la cosa, si inmediatamente ese deseo lo convierto en voluntad, si, porque creo haber sentido algo, decido que lo siento y procedo en consecuencia voluntariamente, es decir, con las facultades superiores, voluntad y conciencia, que son lo más alejado que puede haber del instinto.

En cuanto a la comunión intelectual no hay que engañarse: comunicación, en contra de muchas místicas que andan por hay, comunicación entre gentes no hay más que una: es la de la lógica, es la del lenguaje empleado con honradez. Y desde luego, para entenderse y hablar bien, ni hace falta ser pareja, ni esto tiene que ver gran cosa con el mutuo atractivo que entre uno y otro pueda haber. Eso se da cuando los intereses individuales no priman demasiado y entonces, gracias a eso, el lenguaje mismo, que es de verdad el único que habla, el lenguaje mismo, a través de uno o a través de dos o de varios, consigue hablar un poco. Y esto es otra cuestión, a la que parte de mi título, que ya veo que no –por fortuna– no va a haber tiempo de desarrollar al día, cuando hablaba de razón pensaba que se puede relacionar con el amor, pero desde luego no tiene que ver nada ni con la relación amorosa ni con las instituciones que [...]; esto debe quedar bien claro. Por el contrario, ¿qué pensamos del entendimiento mutuo, la buena

comunicación entre miembros de una pareja o de un matrimonio o de un noviazgo o siquiera de una pareja ocasional que eliges para una noche o un rato de discoteca? ¿Qué pensamos de la comunicación verbal en esos casos? [Por favor], no hay más que recordar cualquier [...]: difícilmente se encuentran situaciones en que se hable peor, es decir, en que el engaño mutuo sea más patente, en que el carácter de negocio y de lenguaje comercial no se vea mejor. Marido y mujer se disputan, se insultan, se sacan continuamente faltas y [perjuicios] el uno del otro incansablemente, hablando de la manera más descaradamente comercial. Y naturalmente, si se trata de ligar para una noche, pues lo mismo, por supuesto: lejos de regir allí ninguna especie de desprevención y claridad, pues lo que regirá es el continuo engaño, la continua sumisión del lenguaje a un uso netamente comercial, [como] negocio.

Agradezco, agradecemos todos, que hayas sacado toda esa formulación, porque como ves ha dado pie para mucha destrucción y, aunque yo sé que todas estas destrucciones son bastante inútiles porque al salir de aquí lo más probable es que inmediatamente os sacudáis como moscas todo lo que habéis oído y volváis a creer lo que tenéis que creer, a pesar de todo, por si acaso, pues bueno, está bien que se intente.

–¿Qué es el amor?

–Bueno, volvemos sobre el uso de la palabra: en realidad, el amor real es ése del que he dicho que está transformado.

–[] el término amor tiene referencia?

–Sí, sí: el amor, si se toma –como antes proponía que tal vez habría que hacer– como referido a lo real, que es ya ese amor sustituido, vendido, convertido en idea de sí mismo, claro que tiene referencia: es precisamente esa idea, esa idea real que domina por todas partes, es decir, es lo que entiende por amor la Iglesia o los Grandes Almacenes y las leyes. Les abandonamos la palabra: ellos saben lo que quiere decir: eso es lo que quiere decir. Y lo saben las leyes y los grandes almacenes, lo sabe el arte falsificadorio, el mal cine, la mala novela, todo eso... lo saben muy bien. Eso es lo que es, y luego queda la posibilidad de que además de eso pues no lo sea, además de ser eso no lo sea.

–Pero ¿eso no es [] económico, no hay una parte sexual entonces?

–Bueno, lo de sexual yo creo que lo voy a identificar con lo de instintivo. De todas formas, sí conviene aclararlo. Si en estos días, es estos años, se ha hecho muy notable la forma de engaño por la cual junto a la idea de amor, que se mantiene, que se sigue usando, con esas maneras [...], junto a la idea de amor se ha desarrollado mucho la idea complementaria de sexo; es decir, de alguna manera se ha llegado a un momento

en que no bastaba que la gente creyera en el amor, sino que tenía que creerse complementariamente en el sexo; y hoy la situación normal es que efectivamente la fe tiene esas dos cabezas: creer en el amor y creer en el sexo. Desde luego una idea es superior a la otra –conviene aclararlo–: lo mismo que en el lenguaje aquel de los viejos revolucionarios la prostitución sostiene al matrimonio, pues la invención del sexo está para sostener la idea de amor, está para eso. Se inventó mucho después, mucho después. Supongamos que el amor quedó bien establecido como una institución de carácter teológico con los trovadores y todo aquello; supongamos que desde fines de la Edad Media en Europa tenemos ya el amor bien costituido. El sexo todavía no había nacido. Entre los antiguos, desde luego, ni había amor ni había sexo, claro, no había lugar: ni se había inventado el amor todavía de una manera tan definida ni por tanto se había inventado para nada el sexo. ¿Qué diablos de falta hacía? Pero una vez que el amor reina y se convierte en un verdadero pilar de toda la sociedad capitalista moderna, la necesidad de complemento y contrapunto se hace sentir, y, según mis cálculos, desde fines del siglo XVIII se inventa eso del sexo. Y esto del sexo mantiene su dominio creciente hasta hoy día. De una manera parecida a como una vez –que esto ya sucedió entre los antiguos– se inventó el alma... No sé si tenéis alguna idea de cómo se inventó el alma: el alma se inventó primero inventando las almas de los muertos (son las primeras almas, es decir, las ánimas que se aparecen); después por analogía a los vivos se les atribuyeron almas semejantes a las almas de los muertos y después se desarrolló toda una teología, que Platón mismo pues no podía por menos, con respecto al alma y ... No se había inventado todavía el cuerpo: no hacía falta. Pero, una vez que el alma queda instituida, poco después se hace necesario inventarle el contrapunto, y entonces se inventa el cuerpo. Entonces el proceso con el sexo respecto al amor en la Edad Moderna vuelve a repetirse en las mismas líneas, parecidas por lo menos; de manera que lo que padecemos hoy día es esa situación: por si la fe en el amor por las buenas al estilo tal vez de... todavía en los tiempos de mi bisabuela [] es decir, mediados del siglo pasado o un poco antes, si la creencia en el amor a ese estilo todavía no se podía mantener lo bastante bien, había que reforzarla haciendo creer en el sexo. El sexo es una cosa que junto al amor se utiliza constantemente en el comercio, en la iglesia y en todas partes. Sabéis el enorme capital que vive a costa del sexo, a costa de la creencia en el sexo. No voy a decir que sea tanto como el que vive a costa del amor, porque eso es incomparable (a costa del amor y de sus instituciones vive la mayoría, la mayoría del capital ¿no?), pero sin llegar a tanto, sin llegar a tanto, una buena parte vive a costa del sexo y fundándose en la creencia en la institución que está en esa palabra ‘sexo’. Son complementarias, se llevan muy bien. La imbecilidad que se nos impone es hacernos creer que son los polos opuestos, lo contrapuesto; pero precisamente esa imbecilidad es la que encierra toda la intención: ¿cómo se podría saber que una cosa es amor del bueno si no tuviera para contraponerse otra cosa que fuera el cochino sexo o el mero sexo? De manera que la manera de saber que una cosa es amor consiste en saber que no es puramente sexo; [con decir] puramente sexo, de esa manera es cómo funciona: se llevan muy bien y

uno diría, cuando oye las tonterías de la prensa y demás sobre las oleadas de sexualidad y las demás puñeterías que se les ocurren para seguir entreteniendo al personal, dice “si de verdad hubiera oleadas de sexo y de sexualidad, entonces resultaría que la pareja y la institución amorosa habrían caído por los suelos”. Nunca han estado más florecientes y poderosas, nunca. Nunca en que toda la humanidad prácticamente tenga que estar encerrada en pisitos minúsculos de dos en dos, casados por la iglesia o por el juzgado o no casados, da exactamente lo mismo, pero metidos allí constituyendo esa unidad doble. Nunca ha estado más floreciente, más poderosa, nunca el comercio y el estado se han servido tanto de ella y ella ha estado sosteniendo tanto al capital y al estado; de manera que no hay ninguna enemistad. Sexo es simplemente la forma del engaño correspondiente al engaño de la idea de amor, la contrapuesta: se sostienen mutuamente. Para decir que debajo de sexo no hay más que la ilusión pseudocientífica a la que antes aludía también con motivo de tu compañera a propósito del instinto, yo creo que no hay lugar a [] Es una especie de invención. Si hubiera sexo entre nosotros, desde luego, sería imposible que se llamara sexo y mucho más imposible que el comercio lo manejara. De manera que la prueba de que no lo hay es que efectivamente se le maneja en el comercio, ésa es la prueba: desde el momento en que hay sex-shops está claro que no puede haber sexo ninguno. Eso es evi..

–¿En la antigua Roma no había sexo?

–No, no: el sexo se inventa mucho después del amor ¿eh? Entre los antiguos no se había inventado todavía esto del amor en este sentido. Lo padecían. Lo había en cierto sentido porque padecían esas consecuencias que le hacen más notable, como por ejemplo los celos, los celos dentro de una relación bímembre. Tenemos casos ilustres como el de las poesías desesperadas de Catulo, etcétera. De manera que está claro que algo iba ya por ese camino. Ya sabéis que eso de los celos siempre se ha tomado como la prueba más inmediata y evidente de que el amor es de verdad. Había, sigue habiendo, tantos casos en que no se sabe si lo que le pasa a uno es amor de verdad, que sólo se entera cuando empiezan los tormentos de los celos y dice: “ah! entonces sí; entonces sí que era amor de verdad, porque efectivamente si no, no padecería este tormento.” Bueno, pues por ahí empezaba la cosa y eso aparece ya entre los antiguos; pero desde luego una idea clara, definible, una institución correspondiente al estilo de ésta que no sé si muy injustamente he puesto instituyéndose al final de la teología medieval y entre los trovadores, eso no. Hay verbos, como sabes, que, cuando intentamos traducirlos (un verbo como el verbo griego *éramai* y otros por el estilo), pues uno no sabe qué hacer, si decir que aquello debe traducirse... *éramai sou*, ¿qué quiere decir *éramai sou*: “te quiero, estoy enamorado de tí, te deseo, tengo deseo de tí, me gustas? ¿qué quiere decir *éramai*? Ninguna cosa: la imposibilidad de la equivalencia se demuestra en el intento. Y por supuesto, si no había ni una institución ni un código ni una idea firme de amor, el sexo no tenía nada que hacer, el sexo no aparece por ninguna parte. Los antiguos eran

descarados en la transformación: matrimonio había, y en Roma había tanto, que era uno de los pilares fundamentales de la sociedad ¿no?; matrimonio sí había, pero no se le ocurría mayormente a nadie pensar que el matrimonio tuviera que ver gran cosa con el amor [...]: uno se casaba por motivos económicos, para tener hijos... cosas por el estilo; el estado aprobaba y todo lo demás. No se establecía mayormente ninguna relación ahí. Y naturalmente junto al matrimonio había prostitución y todo lo demás, todo eso sí había. Sin embargo, la fijación de la idea de amor de la manera que he dicho es relativamente moderna, y desde luego el sexo viene mucho más tarde. La palabra sexo entre los romanos –es una palabra romana, la palabra sexus– quería decir cada una de las dos clases sexuales, hombres y mujeres, exclusivamente; era un nombre de la clasificación entre hombres y mujeres que muchos consideran que es la primera división de clases [...] con buenas razones. Pero que de ahí, de decir “sexo masculino, sexo femenino”, se llegara a hablar como hoy de el sexo en el sentido de la sexualidad, calculo que hasta fines del XVIII nada, hasta fines del XVIII, nada: un invento muy tardío, muy tardío.

–Hay tres palabras pedidas.

–Bueno, muy contento de que haya tantas. La cosa se ha ... mucho más allá de lo que yo pensaba. Esto quiere decir que el tema, la otra parte del tema, que era abordar de frente lo que se refería a demencia y razón, no va a haber tiempo para hacerlo, porque a estas alturas estamos ya todos, yo creo, un poco agotados de tanto amor; pero... prefiero terminar, de manera que ¡venga.

–Usted está planteando todo el rato que el amor es algo netamente comercial ¿no? Y yo creo que esto no es así, creo que es una equivocación, porque el amor es totalmente espiritual, y lo que lo cambia en sí es la sociedad al ir evolucionando; pero no que lo cambia totalmente, que el amor es algo comercial en un principio, que ya se sabe que es algo comercial pues para establecer una relación entre dos personas, pero netamente comercial, sino que es algo totalmente espiritual pero que va evolucionando y se... en la sociedad que estamos se vuelve totalmente comercial.

–Vamos a ver: y si en la sociedad es como dices ¿dónde es donde es totalmente espiritual?

–Es espiritual pues en las dos personas, no en lo que les está rodeando

–¿Así que tú crees que tú y yo no somos de esta sociedad?

–Sí, pero yo me estoy refiriendo a dos personas que se conocen, que tienen unos sentimientos comunes.

–Ésa persona A y su novia, la persona B, que se relacionan de la manera que tú dices, ¿tú crees que no son entes sociales? Y además lo son plenamente: un individuo en cuanto individuo es como el representante más fiel de toda la sociedad, de todo esto que digo. Es, yo creo, una pura ilusión ¿eh? Entre dos, en efecto, no se dicen cosas de éstas, en la intimidad, al oído: se pretende que la relación, si no como tú dices, que a lo mejor has sorprendido a mucha gente al decirlo, si no puramente espiritual, por lo menos que es directa, sincera, sensible, ¿cómo más?, cualesquiera cosas; pero eso se pretende entre dos, y la sociedad no sólo deja que entre dos, de oído a oído, entre boca y oído, se crucen esas ilusiones, sino que además encuentra en ello un apoyo muy firme, porque una de las cosas que es necesaria para el sostenimiento del Capital y Estado es que la gente esté entretenida y que se haga ilusiones; de manera que todas éstas, referentes por ejemplo a la o espiritualidad o pureza o candor o sinceridad o condición directa entre tú y yo del amor, todas éstas son efectivamente ilusiones, pero por desgracia ilusiones muy necesarias, porque sirven al entretenimiento igual que otras formas, al entretenimiento de las gentes. Porque siempre se piensa que a lo mejor, que a lo mejor, un amor de ése incontrolado, irracional, arrebatador, para el orden social podía ser algo peligroso; pero en cambio las ilusiones entre dos a las que aludes, éstas no son nada peligrosas: éstas están consentidas, consentidas y además cultivadas, cultivadas por ejemplo, como sabes muy bien, por una gran parte de la literatura, por una gran parte incluso de la filosofía por así llamarla [...]

–Una pregunta: ¿usted está en contra... me parece que ha dicho que está en contra de la racionalización del sentimiento del amor.

–No: no he dicho racionalización: la conversión en idea.

–La conversión en idea. bueno. Y ¿está en contra de la conversión en idea del amor por el mero hecho de la conversión en idea, o porque lo único que se puede comprobar [controlar?] son las ideas?

–Porque, lo mismo que a alguna de tus compañeras de antes, nos parece que a lo mejor podía haber alguna otra cosa, y esa cosa, pues no sé, de una manera al mismo tiempo racional y cordial, para la razón y para el corazón, resulta como sumamente estimable; mientras que en cambio la idea de la cosa nos parece que es algo trivial y al servicio del comercio, por tanto la sentimos como una muerte de lo otro. Esto se siente como una especie de muerte, la idealización, la idealización se siente como una forma de muerte, literalmente, de algún posible sentimiento. Y entonces, pues, por mera cordialidad, por política en el sentido de “política que quiere decir la política que no es la política que hacen los políticos”, por política, es decir, por si algo se puede hacer contra este dominio, que nos tiene no sólo presos sino constituídos a cada uno, por pura razón, por pura razón, todos estos motivos, corazón, razón, rebelión, todo lo que quieras, efectivamen-

te uno se rebela contra esta muerte a la que los sentimientos parecen estar continuamente sometidos.

–Ah!

–Me obligas a hacer una motivación así un poco rápida, pero bueno, qué se le va a hacer: no tenemos tiempo para más. Habría que desarrollarlo con mucho más detenimiento.

–Última palabra:

–[...]

–Positivos, para el Estado y el Capital, todos. Es un negocio muy rentable.

–Pero para los individuos.

–Y para los individuos también. Para los individuos también, porque los individuos, como acabo de decir, son lo mismo que el Estado y el Capital. Es decir, que el cambio (vamos a tener que terminar con esto), el cambio de un posible sentimiento desconocido por la idea de sí mismo, es desde luego para la empresa comercial y para las instituciones del Estado sumamente conveniente: le quita todo peligro de descontrol, lo domestica, lo convierte en una fuente de provechos y de desarrollo del Capital, pero lo grave es que al mismo tiempo es sumamente conveniente para el individuo, por ejemplo para los dos que constituyen la pareja. ¿Cómo puede ser? decimos, si pensamos que aquello del sentimiento amoroso, del enamoramiento arrebatador y desconocido, era una cosa tan buena. Pues eso es la constitución del individuo: el individuo y la individuo, normalmente, no sólo no tienen inconveniente, sino que tienden a cambiar esos posibles gozos desconocidos y mal controlables, por una cosa que se llama seguridad: lo dominan; lo mismo que el Comercio, lo mismo que el Estado. Llegado el momento del cambio, el interés individual juega con los otros intereses. Sí, a lo mejor aquello sería muy bueno, muy arrebatador, muy apasionado, pero adónde me llevaría: uno siente que pierde la cabeza, que se pierde, y entonces dice: “más vale que lo denominemos, le demos su nombre, que sepamos de lo que se trata, que lo declaremos, que lo llevemos bien controlado, porque ahí en cambio encontraremos una cierta fuente de seguridad. ésta es la colaboración de los individuos con el Estado y el Capital. Ahora bien, yo no digo que esto sea todo lo que hay, Estado y Capital con individuo: hay por ahí cosas que no se agotan ahí; pero individuos propiamente dichos son siempre reaccionarios, están siempre dispuestos a cambiar una felicidad desconocida insegura por una seguridad, es decir, una felicidad cambiada por su idea, una felicidad asegurada.

–¿Puede negarme que un amor espiritual no se comercializa?

–Espiritual sería por ejemplo cómo.

–Por ejemplo en la literatura Teresa de Jesús: ¿esa clase de amor se comercializa?

–Pues nada más tengo que agarrarme a tu ejemplo: yo me he pasado buenos ratos y estimo mucho algunas de las obras de Teresa de Jesús; pero ¿qué te parece a tí si ella misma y sus escritos están comercializados hoy en día por [...] No me refería sólo al hecho de que fuera fundadora de una orden religiosa, que después de todo es un negocio e infaliblemente está destinada a mantener formas de sociedad; me refiero más todavía, lo que es peor, a la utilización no ya de las obras en la Historia de la Literatura, que también se las trae [...], sino a la utilización de la expresión de los sentimientos místicos como una de las maneras de engaño para la posteridad.

–Pero en la actualidad con alguno de nosotros se puede se puede dar ese caso, y sin embargo no se está comercializando.

–Bueno, si ha pasado con ella, ¿por qué no va a pasar con uno? ¿qué garantía hay? Es decir que...

–El no darte a conocer...

–Pero el reducirte a la intimidad, ya ves: se parece un poco a aquello que decía antes de la pobreza a propósito de otra pregunta. No es verdad: es otra ilusión; no resuelve. No resuelve, porque si uno se reduce a la propia experiencia interior (digamos, por ejemplo, a un amor de Dios en el sentido místico o, si no se quiere emplear la palabra Dios, pues a una especie de entrega o pérdida en otra cosa, todo ello, en sí, según las más... las recomendaciones de la mística del tipo más al uso) si uno hace eso, él se hace la ilusión de que se está saliendo del mundo, que está verdaderamente liberándose de las reglas comerciales, que está literalmente en un éxtasis –diría– revolucionario; pero si es verdad lo que acabo de decir [...] de que el individuo, en cuanto individuo, es idéntico con el Poder, con el Estado y con el Capital, resulta que esa ilusión, que no hace más que en definitiva que reforzar la individualidad, estará también sirviendo para el sostenimiento del individuo y a través de él, por tanto, de todo el Poder. Esto también tiene que ser rápidamente, porque es complicado y merecía la pena de discutirlo mucho más. Pero bueno, qué se le va a hacer!

Quería hacer costar, sobre todo, esto: la falsedad que en el amor corriente se da con respecto a lo de perderse en el otro se reproduce en el amor mismo: también en el amor corriente se pretende que hay un trance en el que me pierdo en el otro. Por lo

menos en el recuerdo se supone que algo de esto puede haber sucedido. Pero desde el momento en que eso se cambia constantemente por la idealización y denominación de sí mismo, se le utiliza para otros fines, se le convierte en base de instituciones, desde ese momento hasta esa supuesta pérdida en el otro queda condenada a la sumisión. Y desde luego, si el otro es un otro del tipo del Otro de Santa Teresa y otros místicos, la cosa no es esencialmente distinta: también ahí la pérdida misma, el éxtasis mismo puede convertirse en algo capitalizable para mí, y cuando lo es para mí, lo es para todo el Orden, porque yo no soy distinto de todo el orden. La contradicción de santa Teresa y de los demás es que pretenden al mismo tiempo dos cosas completamente incasables: una es la pérdida y otra es la salvación. Lo uno no va con lo otro: si de verdad me pierdo en el otro, entonces la noción de salvación deja de tener todo sentido; si en cambio la noción de salvación personal se mantiene, entonces es que el supuesto éxtasis era una especie de engaño, de ilusión, que no servía para nada más que para mi sustentación [futura].

Tan rápido como para despachar tantos siglos de mística, pero en fin, qué se le va a hacer!: tenemos que ser así de brutales en este momento. Bueno, y nos vamos a tener que marchar.

Nada más os voy a decir, por si para otro día hay tiempo, qué era de lo que os quería hablar cuando os quería hablar de lo de demencia y razón, nada más os anuncio que eso iba a pasar a través de la noción de tiempo que aquí apenas hemos podido poner en juego, pero que era indispensable. La conversión de la vida en tiempo vacío, eso que antes os decía que en el momento en que se funda una relación, una pareja, lo que se hace es crear un futuro, lo mismo que cuando se funda una empresa, es lo que tiene la relación más íntima con lo que digo. Esta creación del tiempo vacío, siempre futuro, esta creencia en el futuro es la que intentaba poner en conexión con esas dos caras del amor (que seguimos empleando la palabra) esas dos caras que una se presenta como locura, demencia, pérdida de razón, y la otra se presenta como por el contrario la razón más penetrante y más profunda. Naturalmente no aspiro a que entendáis, es [un índice]. Se me ha hecho tan tarde, por fortuna, porque habéis hablado mucho y temas muy interesantes, que os doy como un índice, y tal vez en alguna otra ocasión habrá tiempo de desarrollarlo. Mi intención era que la referencia a la locura y a la razón en el otro sentido pasaran a través del tratamiento y de la rebelión respecto a esta conversión de la vida posible, la vida no numerada, no contada, ni en horas ni en minutos ni en años, en tiempo, puro tiempo que es siempre un tiempo vacío y futuro. Os lo digo el índice, porque a lo mejor muchos de vosotros por vuestra cuenta, partiendo de esta sugerencia, pues pueden tener ocurrencias muy útiles y lo mismo que las comunicéis conmigo un día o que las comunicéis con otro, que eso después de todo da lo mismo: el caso es que se pudiera dar esto de seguir pensando, de alguna manera pensando con cierta honradez en contra de las ideas dominantes, especialmente cuando se trata de

ideas dominantes de una cosa tan vital y tan importante como es eso del amor. Así que nada más.